

BRINDANDO A UNAS SENORITAS

EN EL ANIVERSARIO DE LA INDEPENDENCIA.

¿A quién no animan vuestros bellos ojos?
¿Quién no palpita al ver vuestra hermo
(sura?)

Esa sonrisa pura
Que vaga en vuestro labio purpurino,
Y el noble pecho del patriota inflama,
Es del valiente, premio venturoso.
¿Cómo refleja en vuestro rostro hermoso
De independencia la sagrada llama!
¿Maldiciór al cobarde
Que para conservar vuestra pureza
V vuestra libertad, la lid rehusa!
¿Loor eterno al valiente mexicano,
Que ardiendo en llama sacrosanta y pura
La vida exhala al pie de la hermosura,
Teñido con la sangre de un tirano!

No temáis, mexicanas, que abata
La opresión vuestras cándidas frentes,
Antes, antes, de sangre torrentes
En Anáhuac correr se verán.

Compatriotas, brindad á la gloria,
De las bellas en este gran día,
E inundados en pura alegría,
En su loor vuestra voz levantad.

ADELA.

A mi hermano Guillermo Prieto.

ROMANCE PRIMERO.

El que quiera ver la pompa,
La brillantez y riqueza
Con que en México se viste
La graciosa primavera,
Vaya al paseo de la Viga
En una tarde serena.
La multitud de canoas
Que cubren el ancha acequia,
Que van, vienen, se reúnen,
Se separan y atraviesan:
Las graciosas mexicanas,
Que colocadas en ellas
Y coronadas de flores,
Vistosos trajes ostentan
Los acentos melodiosos
Del arpa ó de la vihuela,
Que acompañan las canciones
Que sus amores expresan:
Aquellos dichos agudos
Y oportunas ocurrencias,
Aquel desorden gracioso,
Aquella brisa ligera
Que apenas las aguas riza

Calderón.—9

Y luego en los flores juega :
 La vista de hermosas quintas
 Y de risueñas aldeas,
 Donde de sabroso pulque
 Apuran jicaras llenas :
 Aquel contraste gracioso
 Que forma la faz severa
 De venerables ancianos
 Que meditan ó bostezan,
 Con el semblante festivo
 De las jóvenes traviesas,
 Que á sus amantes envían
 Miradas de fuego llenas ;
 Aquellas sagradas aguas,
 Que los trabajos recuerdan
 (A pesar de tantos años)
 De los ilustres aztecas :
 El idioma mexicano
 Que aquellos Indios conservan,
 Y en que los remeros hablan,
 Y la romántica mezcla
 De las memorias antiguas
 Con las costumbres modernas
 Forman un todo gracioso
 Que nunca á borrarse llega
 Del alma que ha contemplado
 Estas mágicas escenas.
 En una de las canoas
 Iba una tarde de aquellas
 Un joven, tres señoritas,
 Y una anciana gorda y fresca,
 Aunque bien se conocía

Que rayaba en los sesenta :
 Esta ostentaba un vestido
 De una antigua y rica tela,
 Que conservaba, decía,
 Con la mayor reverencia,
 Porque lo había estrenado
 En las memorables fiestas
 Del advenimiento al trono
 De Carlos IV : tal prenda
 Le servía como un libro
 De memoria : su cabeza
 Entre blanca y negra, estaba
 De una gran falla cubierta,
 Y por fin, todo su traje
 Era una confusa mezcla
 De las usanzas antiguas
 Con adiciones modernas ;
 Contraste raro formaba
 Con sus hijas, que pudieran
 Ser modelo de las Gracias ;
 Mas la respetable vieja
 Era de bello carácter,
 Habladora sempiterna,
 Buena madre de familia,
 Muy amante de las fiestas,
 Regocijos y convites,
 A donde iba, decía ella,
 Tan sólo porque sus hijas
 De gusto no carecieran :
 Lo cierto era que entretanto
 Que las amables doncellas
 En el canto ó en el baile

Ostentaban su destreza,
Ella entre muelles cojines,
Junto á alguna compañera,
De su tiempo, al grande flujo
De su charlar daba suelta.

Iba, pues, nuestra matrona
En la canoa; junto á ella
Iba un joven pensativo,
Dando en su semblante muestras
De algún proyecto grandioso
O alguna aflicción secreta:
Veinticinco años tendría
Cuando más, aunque las penas
La meditación continua,
O literarias tareas,
Parecer mayor le hacían;
Pero en su frente serena,
En su mirar entusiasta
Aunque dulce, en sus maneras
Todas, y en todo su porte,
Se leía la franqueza.
La anciana le amaba mucho,
Sabía la correspondencia
Que con Adela tenía.
De sus hijas la más bella;
Y esperaba que muy pronto
De Himeleo la cadena
Sus vínculos estrechara;
Alfonso (pues éste era
El nombre de nuestro joven)
Oía las historietas

De la anciana, que tenían
Más de veinte años de fecha,
Con la ligera sonrisa,
Que la distracción expresa:
Algunas veces fijaba
Sus miradas en Adela,
Ella bajaba los ojos
Con sencillez y modestia,
Y su pecho palpitante,
Y sus mejillas cubiertas
De amable rubor, la hacían
Más interesante y bella.

Las tres hermanas reían,
Cantaban canciones nuevas,
O de aromáticas rosas
Coronaban sus cabezas:
Ya jugaban con el agua,
Y al inclinarse hacia ella,
Se desprendían las flores
De su hermosa cabellera:
Ya al remero dirigían
En la mexicana lengua
Algunas leves preguntas,
Repitiendo su respuesta.

Poco á poco fué dejando
A sus hermanas Adela,
Porque notó que en su amante
Aumentaba la tristeza,
Y fué á colocarse al cabo
Junto á la madre, que, tierna,

Al melancólico Alfonso
 Hablaba de esta manera:
 “¿Qué tiene usted, hijo mío?
 “¿Qué tiene usted? ¿En qué piensa?
 “Usted está distraído,
 “No me responde siquiera:
 “Sabe usted cuánto lo estimo,
 “No me oculte usted sus penas.
 “Estos jóvenes de ahora,
 “Con tantas cosas que piensan,
 “Se vuelven viejos muy pronto;
 “Mi marido (que Dios tenga
 “En su gloria) no pensaba
 “Sino en cuidar de su hacienda;
 “Pero no lo ví ocuparse
 “En escribir tantas resmas
 “De papel, y no es decir
 “Que tuviese mala letra;
 “No, señor, de Palomares
 “Escribía: las esquelas
 “Verá usted que me mandaba
 “Cuando hice viaje á la Puebla.
 “¡Qué limpias! no hay un borrón
 “Desde la cruz á la fecha;
 “Pero no hacía discursos,
 “Ni versos, ni cosas de esas
 “Que se hacen hoy. Vamos, vamos,
 “Levante usted la cabeza.
 “Cante usted alguna cosa,
 “Acompañado de Adela,
 “O solo, como usted guste.

“¡Ah! ¿Tal vez usted se encuentra
 “Enfermo?”—La buena anciana
 Calló en fin: en tanto inquieta
 Adela, los ojos fijos
 En Alfonso, medio abierta
 La rosada boca, el pecho
 Palpitando con violencia,
 Esperaba de su amado
 Sin respirar, la respuesta.
 “No, señora, dijo el joven,
 “No estoy malo, la vihuela
 “Deme usted, Adela hermosa,
 “Y cantaré lo que pueda.”

El crepúsculo acababa
 En este instante: desiertas
 Estaban ya las canoas;
 En vez del ruido y la gresca
 Que se observaba poco antes,
 Ora silencio se observa:
 El hombre así de la vida
 Por la corriente atraviesa,
 Primero alegre, agitada,
 Después tranquila y serena,
 Cuando la vejez helada
 Ya sus pasiones modera.

Trémula sobre las aguas
 Brillaba la luna llena,
 Que ya á salir comenzaba
 Tras la torre de una aldea:

En ella fija los ojos
 Alfonso, luego los lleva
 A las remotas montañas
 Que en el horizonte observa:
 Altísimas esperanzas
 Su alma generosa llenan,
 De Adela estrecha la mano,
 Y en voz dulce y halagüeña,
 Pero sonora y sublime,
 (Que por escucharla dejan
 Sus juegos las dos hermanas,
 Y el remero su tarea)
 Estos versos canta Alfonso,
 Que su sentimiento expresan:

"¡Gloria! ¡gloria! ¡Palabra sonora
 Que repiten la tierra y el cielo;
 Del sufrido soldado consuelo,
 De los héroes brillante deidad!
 Yo también por tu nombre suspiro;
 Que tus alas me cubran espero,
 Y en mi mano tal vez el acero
 Con celeste fulgor brillará.

Tal vez pronto el infame coloso
 Que hoy oprime con mano inclemente,
 En vil polvo sumida la frente,
 El escarnio del pueblo será:
 Yo también á los libres unido
 Vibraré denodado la espada,
 Y mi frente será coronada
 De laurel y de palma inmortal.

Mas si acaso en la lucha perezco,
 Bella joven, mitad de mi vida,
 De tí sola y mi patria querida
 Mi suspiro postrero será.

Ve á la tumba que guarde mis restos,
 Y sobre ellos derrama tu llanto;
 Mi aflicción y mi acerbo quebranto:
 Con tu sombra tal vez calmará.

Calló Alfonso; sus mejillas
 Ardientes lágrimas riegan,
 Que cayendo sobre el rostro
 De la delicada Adela,
 Y juntándose á las suyas,
 A la helada mano ruedan
 De la anciana, que al instante
 Pregunta con voz inquieta:
 "¿Por qué lloráis, hijos míos?
 "Oh! las canciones modernas.
 "Son muy tristes; las antiguas
 "Las seguidillas aquellas
 "Eran mejores; mas todo,
 "Todo acaba! Vamos! ¡ea!
 "Muchachas, vamos á casa.
 "Y acabóse la tristeza,

Dejaron, pues la canoa,
 Toman el coche, y se internan
 De México en la ciudad
 Por las calles opulentas.

ROMANCE SEGUNDO.

LA PRISION.

Jamás se pasaba un día
 Sin que en las alas llevado
 Del amor, no fuese Alfonso
 A ver á su bien más caro;
 Sin embargo, en el siguiente
 Al paseo de que hablamos,
 Son ya las doce. . . . la una,
 Pero Alfonso no ha llegado.
 Cuenta Adela los momentos,
 Le parece que oye pasos,
 La respiración suspende,
 Vuelve la cabeza. . . . en vano,
 No es él: se apura, se aflige,
 Mil pensamientos amargos
 Se suceden en su mente.
 Tal vez se encuentra postrado
 Por la enfermedad. . . Tal vez
 Ha detenido sus pasos
 Un asunto de interés; . . .
 Pero no; nunca su amado
 Ha preferido otros bienes
 A su amor: acaso, acaso
 Una mujer más dichosa. . . .
 ¡Qué delirio! ¡Ni pensarlo!
 Adela tan baja idea
 Desecha con desagrado:

Pero Alfonso no parece,
 El sol va ya declinando. . . .
 ¡O buen Dios! ¡le habrá perdido?
 Sale al balcón, á lo largo
 Tiende la vista, cada uno
 De aquellos que van pasando
 Le parece que es Alfonso:
 Su corazón agitado
 Casi no cabe en su pecho:
 La llama su madre en vano;
 "Ya voy," dice, y permanece
 Por todas partes mirando:
 Descubre, en fin, á un amigo
 De su amante. ¡Algún recado
 Le traerá tal vez? . . . No hay duda,
 Entra en su casa: de un salto
 La sala y el corredor
 Pasa Adela, y preguntando
 Está al amigo de Alfonso.
 ¡Infelice! de los labios
 De aquel oye la noticia
 De que está preso su amado:
 Pierde su faz los colores,
 Tiende los hermosos brazos,
 Y faltándole las fuerzas,
 Como herida por un rayo,
 Cayó: la madre al momento,
 Y las hermanas volando
 Llegan, la encuentran tendida
 En el suelo, y al infausto
 Mensajero, cual si fuese

Hecho de insensible mármol,
 El les repite de nuevo,
 Que su amigo desgraciado
 Está en la "cárcel de corte,"
 Por el gravísimo cargo
 De ser "insurgente" ¡Cielos!
 La anciana exclamó llorando,
 "¿Insurgente?"—Si, señora,
 Dijo el amigo, y acaso
 Yo me horrorizo al pensarlo!
 Ya se le sigue un proceso
 Su funesto resultado
 "No más, dijo la señora,
 "¡Me está usted despedazando!
 "¡Vaya usted, vaya al momento,
 "Dé usted, por Dios, cuantos pasos
 "Pueda en favor de su amigo.
 "De ese amigo desgraciado.
 "¿Necesita usted dinero?
 "Yo lo daré: ¿es necesario
 "Ver al virrey, á los jueces?
 Pues en el instante, vamos.
 "¡Oh, santo Dios! hijas mías,
 "Llevemos luego á su cuarto
 "A esta infeliz. ¡Oh, qué tiempos!
 "Todo, todo se ha cambiado.

Largo espacio permanece
 Adela en aquel letargo:
 Pero, por fin, poco á poco
 Va volviendo: abre sus labios,

Y con voz trémula y débil,
 De Alfonso el nombre adorado
 Repite; los ojos gira
 En derredor de su cuarto:
 No está pálido su rostro,
 Antes un vivo encarnado
 Hermosea sus mejillas:
 Bate su pulso agitado
 Por la fiebre más ardiente:
 Discursos mal concertados,
 Palabras vagas, locuras,
 Indican el alto grado
 De la enfermedad: la ciencia,
 Los desvelos, los cuidados,
 Todo se ensaya sin fruto:
 El cerebro trastornado
 De Adela, ve sólo sombras;
 Y la infelice, mezclando
 Las más contrarias ideas,
 En tropel desordenado
 Habla de flores y muertes,
 De amores y de cadáveres.

Por mil ochocientos trece
 Es la época de que hablamos,
 Epoca horrible, sangrienta,
 Para el triste mexicano:
 Cuando el nombre de Venegas,
 Repetido con espanto,
 Helaba los corazones:
 Cuando algunos esforzados,
 Arrostrando los peligros,

"Independencia" gritaron,
Mas no era llegado el día
Por el Eterno marcado,
Para sacudir el yugo
Del Español sanguinario,

Venegas sofocar quiso
Aquel incendio sagrado,
Vertiendo sangre a torrentes,
Suplicios multiplicando.
No eran necesarias pruebas
Para mirarse arrastrado
A la prisión más estrecha
El misero ciudadano;
Bastaban sólo sospechas:
Así piensan los tiranos
Afirmar su inicuo trono,
Sin advertir que la mano
Que los golpes multiplica,
Suele fatigarse al cabo,
Y su flaqueza se aumenta
A proporción del estrago.

En la gran cárcel de corte
Se encuentran un joven cargado
De fortísimas cadenas,
Y de grillos muy pesados;
Pero en su faz no demuestra
Abatimiento ni espanto:
Es cierto que algunas veces
Por su semblante esforzado
Pasa una ligera sombra

De tristeza, y en sus labios,
De Adela el nombre querido,
Con un suspiro mezclado
Se oye sonar; mas de nuevo,
La serenidad cobrando,
De inmortalidad y gloria
Brilla en sus ojos un rayo,
Así al claro sol oculta
Algún ligero nublado,
Pero pasa, y reaparece
Con más pureza brillando:
Así el árbol por el viento
Un instante doblegado,
Vuelve á levantarse airoso,
El huracán despreciando.

Seis días hace que Alfonso
Sufre su destino amargo,
Sin saber cuál es la suerte
De los objetos amados
De su corazón. Se acerca
Al fortísimo enrejado
De una ventanilla estrecha,
Y sus ojos levantando
Fija en el zafir del cielo.
Cuando el mortal rodeado
Está de gozo y ventura;
Cuando ardoroso su labio,
Entre ilusiones mecido,
Del placer apura el vaso,
Le basta sólo la tierra:
Mas cuando la helada mano

Del dolor su pecho rompe,
 Cuando la ilusión pasando
 Aparecen los tormentos,
 Cuando no encuentran descanso
 En el mundo, ansioso busca
 Otra región, otro estado,
 Y sus ojos en el cielo
 Fija inundados en llanto.

Era el momento solemne
 En que el sol ha terminado
 Su carrera: la hora misma
 En que Alfonso, acompañado
 De Adela, hace siete días,
 En la "Viga" iba soñando
 En felicidad, en gloria,
 Que en prisiones se han tornado.
 Así el viajero divisa
 Altas torres y palacios,
 En el lejano horizonte,
 Que le prometen descanso,
 Y en mirarlos divertido,
 No ve la sima en que incauto
 Se precipita, y perece;
 Así ligero surcando
 El pajarillo los vientos,
 Tocar la copa de un árbol,
 Cree ya, cuando aguda flecha
 Le derriba traspasado.

En el azul de los cielos,
 Más que las otras brillando,
 Estaba una estrella hermosa:

Alfonso con entusiasmo
 Fija sus ojos en ella,
 Como en el luciente faro
 El navegante infelice,
 Que está con la mar luchando:
 Astro puro, ¿eres acaso
 Tú la funeraria antorcha
 Que alumbra mi fin cercano?
 ¡Pronto tal vez, en mi tumba
 Tu blanda luz derramando,
 Indicarás á mi Adela
 El lugar de mi descanso!
 Tal vez la noche siguiente,
 Brillarán tus tristes rayos
 Sobre su pálido rostro,
 Y en las gotas de su llanto.
 Cambia de pronto de ideas:
 De su patria el nombre caro
 Viene á su memoria: el fuego
 De libertad, que abrasando
 Está siempre su alma noble,
 Aquel fuego sacrosanto,
 Que al amor cedió un momento,
 Vuelve á brillar, y doblando
 Su entusiasmo, "si; repite,
 Alcele pronto el cadalso,
 Verga la muerte gloriosa
 Que me prepara el tirano."

Así lucha el triste preso,
 Entre sentimientos varios,
 Hasta que un ligero sueño

Extiende sobre él su manto.
 Mas ¡ay! pronto lo despierta
 Un acento destemplado,
 Que le intima la sentencia
 De muerte... Con firme paso
 Marcha á la obscura capilla,
 Donde un venerable anciano,
 Un religioso, lo espera,
 En caridad rebosando,
 Para hacer con sus acentos
 El trance menos amargo.

Tres días después... unos tiros
 En la plaza de Mixcalco,
 Y unas campanadas suenan...
 A esa misma hora, de blanco
 Vestida, y llena de flores,
 A su lecho funerario
 Llevan una hermosa joven.
 Es Adela, y á su lado,
 De su amante, el noble Alfonso,
 El sepulcro colocaron.

Enero de 1,838.

OBRAS DRAMATICAS
